

Leer en *libertad*,



más allá de discursos

**ENTRE LOS
ATRIBUTOS
DESEABLES EN
LOS LECTORES,
JOSÉ ORTEGA Y
CASSET DESTACABA
DOS QUE SON
CORRELATIVOS Y
COMPLEMENTARIOS:
1), QUE NO
EXIGIERAN SER
CONVENCIDOS, Y 2),
QUE ESTUVIERAN
DISPUESTOS A
RENACER, EN TODA
HORA, DE UN CREDO
HABITUAL A UN
CREDO INSÓLITO.**

El diálogo es más grato, por supuesto, con quienes se tiene empatía que con los que se mantiene una franca oposición, pero la divergencia civilizada es fundamental porque sin el diálogo con los que piensan diferente a nosotros la cultura se anula.

El diálogo se funda en la tolerancia de las ideas que no compartimos y en el respeto hacia las personas que las sustentan, sin que por ello tengamos que aceptar todo cuanto digan ni por supuesto permitir que nos impongan sus certezas.

Es muy claro, por ejemplo, que en cuestiones de lectura nada ganamos con injuriar, menospreciar o discriminar a los no lectores de libros y, en cambio, si lo hacemos, nos podemos convertir en los peores enemigos de la lectura a pesar de estar seguros que lo que deseamos es promoverla y fomentarla.

La lectura que no se hace en libertad está condenada al fracaso y a la frustración. Y cada quien, en la medida de lo posible, es dueño de su destino, que incluye, entre otras cosas, ser asiduo lector de libros o bien elegir otras formas de acceder al placer y al conocimiento. ¿Por qué esa pretensión de convertir en una dictadura el placer de leer libros? Hay quienes eligen, pongamos por caso, el placer de la música o el placer del cine, y no hay reproche en ello. La música y el cine tienen también sus formas específicas de lectura.

Por otra parte, aunque parece evidente que el desarrollo de las capacidades lectoras no nos convierte en mejores personas, desde un punto de vista moral, hay quienes todavía siguen sosteniendo esto, y aunque resulta al menos dudoso que a mayor cantidad de libros leídos, más inteligencia ética desarrollamos, hay quienes están convencidos de ser no únicamente muy listos porque leen muchos libros, sino también sabios y buenos porque han leído más que sus vecinos, sin que crean necesario dar pruebas convincentes de su sabiduría y su bondad. Hay lectores ávidos que son horribles personas, pero no les harás entender, ni fácil ni difícilmente, que ninguna biblioteca compensa la desdicha de ser un arrogante y un pesado.

Parece claro que no hay cultura sin diálogo y que, cuanto más civilizados somos, no somos otra cosa que interlocutores. El diálogo, por lo demás, es muchísimo más rico, apasionante e inteligente

si parte de la duda y la reflexión antes que del total convencimiento. Nuestros mejores interlocutores son los que añaden algo más a lo que pensamos, o aportan matices y elementos diferentes a nuestro pensamiento.

Para Bertrand Russell, “una sociedad compuesta por hombres y mujeres que no se someten demasiado a los convencionalismos es mucho más interesante que una sociedad en la que todos se comportan igual”.

Mi ideal de lector es aquel al que le apasionan los libros. Pero, antes que los libros, el contenido de los libros. Alguien que lee y que deja leer, sin sermonear a nadie. Alguien que puede llevar una buena conversación con los no lectores y aprender de ellos. Alguien que gusta de compartir sus lecturas, pero que no se permite imponérselas a nadie. Alguien que no le pide cuentas a los demás sobre lo que han leído, y, en cuanto al proselitismo, la promoción y el fomento de su apasionada tarea, alguien que explora el porqué o los porqués del poco efecto que tienen las campañas y los voluntarismos sobre la lectura, y lo hace sinceramente, con desconfianza o rechazo hacia las ideas preconcebidas, los clichés y las mitologías culturalistas.

A propósito de muchas cosas, pero especialmente sobre asuntos en los que tenemos un interés muy particular, solemos tener opiniones inamovibles: nos cuesta trabajo replantear el pensamiento, porque en ello nos va lo que somos o lo que creemos que somos; en ese ejercicio arriesgamos el amor propio. A esto atribuyo el que muchos lectores se sientan deshonrados si deben admitir que muchas de sus convicciones cultas son erróneas.

Contra todo lo que suele decirse, este tipo de pensamiento fijo no es exclusivo de la superstición “inculta”; abunda también en los sectores “cultos” que, por particulares prejuicios, se niegan a poner en duda o a cuestionar sus afirmaciones. En el ámbito de la cultura libresca son muchos los que se ofenden al escuchar o leer que los libros no los hacen superiores en moralidad y en inteligencia y que, por tanto, leer muchos libros (y aun los mejores) no los harán en automático mejores personas y ni siquiera más sensatos y tolerantes seres humanos.

No son pocos los que *saben* que son mejores por leer: todo el tiempo lo han creído, cada día

lo enfatizan, y viven, literalmente, para añadir bibliografía a esa *mejoría que saben que poseen*. El discurso de la nobleza del libro se ha afinado en su conciencia de un modo tan firme que sólo puede producir verdades incuestionables. Y los lectores de este tipo asumen su supremacía más allá de toda sospecha, incluso cuando se comportan de modo intolerante con los no lectores a quienes vilipendian y desprecian precisamente por su falta de “hábito” lector.

Para muchos lectores resulta incontrovertible que la inteligencia se mide por la suma de información y conocimientos y no necesariamente por la sensata aplicación que de ellos se haga sin importar su cantidad. Otros muchos tienen la certeza de que la inteligencia y aun la sabiduría dependen del número de libros (y de grandes libros) que se ha leído. Resulta difícil que admitan lo absurdo de esta creencia culta, en parte porque el pensamiento convencional sobre la nobleza del libro (que por lo general

no es más que un discurso vacío) se ha enraizado del modo más poderoso en su conciencia, y aun cuando los ávidos lectores cometen barbaridades, o actos injustificables, no dejan por ello de seguir pensando que, como seres humanos, son mejores.

En relación con la lectura y con los libros, a mucha gente le falta un poquito, así sea un miligramo, de la sensatez de Schopenhauer, quien escribió: “Ha de evitarse que, a causa de la lectura, perdamos por completo de vista el mundo de la realidad, pues la ocasión para pensar por sí mismo y la interna disposición para ello las crea infinitamente más a menudo el mundo real que el de los libros”.

No decimos aquí, ni lo diremos en ningún lado, demagógicamente, que da lo mismo leer que no leer o que todos seamos “iguales” sin importar los méritos ni las acciones. La noción de “igualdad”



NO SON POCOS LOS QUE SABEN QUE SON MEJORES POR LEER: TODO EL TIEMPO LO HAN CREÍDO, CADA DÍA LO ENFATIZAN, Y VIVEN, LITERALMENTE, PARA AÑADIR BIBLIOGRAFÍA A ESA MEJORÍA QUE SABEN QUE POSEEN.

tiene mucho de ideal y muchísimo de utopía, y lo que necesitamos es volver a la realidad y dejarnos de mentiras e hipocresías.

Muchos de nuestros nobles ideales no son otra cosa que hipócritas virtudes de catecismo o sentimientos de culpa no resueltos. Nos falta la valentía moral e intelectual de un Jules Michelet para preguntarnos y respondernos:

¿Quién quiere la igualdad? Nadie. He conocido muchos amigos de la libertad, pero no he encontrado todavía a uno solo que lo sea de la igualdad, uno solo sincero, a quien se pueda poner a prueba. Nadie quiere, nadie siente la igualdad; no menos el pueblo que las clases ricas. El hombre ilustrado dice del hombre del pueblo: es un ignorante, yo lo conduciré. Y el pueblo dice del hombre ilustrado: es un hombre débil, inactivo, un *inútil*.

Lo que no sabe el hombre del pueblo, estima Michelet, es que, a menudo, un hombre ilustrado, concentra en su cultura la experiencia de no pocos hombres del pueblo, y en sentido inverso el ilustrado muchas veces ignora o no quiere aceptar que un hombre del pueblo puede concentrar en su espíritu la energía de no pocos hombres del saber. Por ello, hay que dejarnos de mentiras y mitos nobles, y atrevernos a analizar nuestras propias *aristocracias democráticas*. Y una de estas aristocracias democráticas —que invocan siempre la igualdad— es la del Poder que da el Saber.

No decimos que dé lo mismo leer que no leer. Lo que sí decimos es que, en muchos casos, “Lector” se ha vuelto un título de nobleza; una dignidad jerárquica dentro de los valores aristocráticos de la Cultura. ¿Cómo poner en duda sus potestades? Lo que sí decimos es que sobreviene un problema moral en la sociedad cuando el concepto abstracto (ni siquiera concreto) de “Lector” constituye (y sustituye) la “identidad” de alguien que, en honor de sus elevados atributos, desprecia al diferente, al otro, al escindido

de la comunidad Culta. Actuar así no parece muy inteligente, pero esto lo pasa por alto el “Lector”, a pesar de que la inteligencia, si lo es en realidad, no puede estar exenta de ética ni de comprensión autocrítica, pues como ha dicho José Antonio Marina “lo que llamamos cultura es el modo de hacer habitable la realidad”, siendo obvio que no la podemos hacer “habitable” en nombre de una “identidad” que avasalla y ofende.

A los ojos del “Lector”, los no lectores se tornan bestias: brutos, burros, asnos, jumentos, alimañas, zopencos y mil epítetos más que tienen el propósito de animalizar a “los otros”. Hay una enorme contradicción en nuestras “noblezas”. Otra vez, Michelet tiene razón: “Quien dirige y desdeña a sus hermanos según la naturaleza, ¿podrá mirar como hermano a un diferente?”

Montaigne descubrió que cada quien considera bárbaro lo que no pertenece a sus hábitos. Escribió: “Me avergüenzo cuando veo a nuestros hombres invadidos por esa manía de escandalizarse por las formas contrarias a las suyas”. Montaigne es más nuestro cordial y tolerante contemporáneo que muchos fanáticos cultos del siglo XXI. Y si Montaigne nos advirtió que los hombres tenemos la proclividad a considerar bárbaros a los que no comparten nuestros usos y costumbres, Alain Finkielkraut nos recuerda, en *La humanidad perdida*, que “lo propio del hombre era, en los inicios, reservar celosamente el título de hombre exclusivamente para su comunidad”.

En no pocos casos a esto hemos retornado: a la regresión agresiva de no considerar hombre completo al no lector, aunque la animalidad, que está en el origen de nuestro mensaje genético y nuestros instintos, resida lo mismo en los que leen que en los que no leen, y sea todavía más escandalosa (por contradictoria e inconsecuente) en aquellos que, por lecturas y por formación profesional, se asumen “inteligentes” y se saben “superiores”.

Más allá de los dominios específicos (intelectuales o manuales), que se dan por cierto también en los no lectores, creer en los méritos morales superiores producto de la lectura es, por lo menos, una formulación irracional. Si pensamos racionalmente en las desigualdades, podremos advertir que a lo mejor somos muy buenos lectores pero pésimos conversadores, y que en este último terreno muchos no lectores nos aventajan sin pretender jamás ninguna superioridad sobre nosotros.

Nuestras aptitudes y vocaciones trazan sus propios límites y muchas veces resultan excluyentes. Por tanto, nadie que se precie de distinguir y comprender podría argumentar la preeminencia de la lectura de libros sobre la lectura, la apreciación y la interpretación de la música, y quien lo hiciese estaría cometiendo una extrapolación disparatada.

Es obvio que la gente culta también cultiva, entre otras cosas, creencias irracionales, y acepta y pregona, como verdades absolutas, ciertas nociones del todo discutibles, y para ello se basa confiadamente, como dijo alguna vez Augusto Monterroso a propósito de Vladimir Nabokov, “en su bien establecida inteligencia”.

Los disparates no parecen tales si provienen, sobre todo, de una persona letrada. “Por eso es tan necesaria —dice Marina— una crítica de las creencias”. Con su agudo sentido crítico, Noam Chomsky advierte que hay un cierto tipo de “ignorancia colosal” que sólo puede darse entre intelectuales respetados. Éstos, para probar algo a todas luces improbable, inventan tesis llenas de una jerga confusa y de palabras grandilocuentes, antes que admitir que están equivocados.

Lichtenberg decía que no saber pero creer que se sabe, y darle rango de verdad a lo que se cree, es el error en el que incurren los entusiastas inventores de hipótesis. Marina añade: “Un montón de antropólogos y sociólogos intenta convencernos de que la verdad no es más que el resultado de un consenso”. Al referirse a la vida de Sócrates, Alain de Botton nos aconseja seguir el método socrático ante la impopularidad de las ideas. “Lo que tendría que preocuparnos —nos dice— no es la cantidad de gente que se opone a nosotros, sino hasta qué punto cuenta con buenas razones para ello”.

La nobleza de los libros tiene muy buena prensa, incluso entre quienes no leen. Connotados analfabetos de la política y la administración públicas hacen todo el tiempo la oportunista y reductible apología libresca. A propósito del libro y la lectura, una enorme cantidad de frases nobles y de clichés cultos se ha venido imponiendo, por consenso y popularidad, como la verdad irrefutable. Pocos son los que hacen algún esfuerzo por analizar tales asertos, y el resultado más penoso de todo ello es un amplio sector culto convencido de sus nobilísimos mitos, renuente a examinar, racional y realistamente, el grado de verdad de sus postulados.

Hay quienes incluso hacen las más arriesgadas piruetas y contorsiones para negar, por ejemplo, que la primera razón para acercarnos a la lectura sea el placer. Les irrita sobremanera que la lectura no tenga una Utilidad. Y a tal grado confunden las cosas que acaban por no distinguir la diferencia que hay entre *estudiar* y *leer*. “Placer” es un término que causa pavor en la educación formal. El sistema educativo no sabe dónde ponerlo, y por eso lo que más desea es desterrarlo del aula y de sus programas.

Esto se da lo mismo en la escuela básica que en los estudios universitarios, y ha formado y deformado generaciones y generaciones de frígidos y resentidos (muy orgullosos de serlo) que no saben que la cultura tiene su origen en el juego, en el deleite, en la alegría, en la “inutilidad” y en eso que los clásicos denominaron, para abarcar todo lo antes mencionado, “el ocio creativo y liberador”. Por su misma etimología, lo más opuesto al “ocio” es el “negocio”, es decir la negación del ocio: *negotium*, literalmente lo que no es ocio.

En sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795), Schiller asegura que “el hombre sólo es completamente hombre cuando juega”. Así, el conocimiento libre y voluntario es, antes que cualquier cosa, consumado deleite. De esta noción fundamental parte Johan Huizinga para desarrollar las páginas de su esclarecedor *Homo ludens*. Para Schiller, “la belleza no da absolutamente ningún resultado ni para la razón ni para la voluntad; no



conduce a nadie por fines intelectuales ni morales, no sirve para encontrar ni una sola verdad, ni ayuda a cumplir ningún deber y, en una palabra, es igualmente ineficaz para crear un carácter y para esclarecer una inteligencia". Huizinga explica que "el juego es superfluo. La necesidad de él sólo resulta urgente en cuanto el placer que proporciona la engendra".

Lo más importante que revela este pensamiento egregio, como lo llamó José Ortega y Gasset, al referirse al aporte fundamental de Huizinga, es que la cultura se crea en el juego, en el deleite, el placer, la alegría y la felicidad. Nada tiene que ver con deber u obligación. Jugar es una necesidad, pero no hay en ella una obligación ni intelectual ni moral. Se juega para disfrutar, y en ello reside su carácter libérrimo y desinteresado. Sólo podríamos decir que el juego es "útil" (al igual que la cultura puede ser "útil") en la medida en que desarrolla precisamente nuestra libertad con todo lo que ello significa. En *Homo ludens* leemos lo siguiente:

La cultura nace en forma lúdica, o sea, al principio, la cultura se practicaba en forma de juego. Aun las actividades encaminadas directamente a la satisfacción de necesidades vitales, como por ejemplo la caza, gustan adoptar, en la sociedad arcaica, la forma de juego. La vida colectiva recibe su investidura en formas ultra-biológicas, que le prestan mayor dignidad, en la actividad del juego. La colectividad manifiesta su interpretación de la vida y del mundo en los juegos. Esto, claro está, no debe entenderse como que el juego se trasmuta o convierte en cultura, sino que la *cultura* tiene en sus fases originales el carácter de un juego y se representa en las formas y el estado de ánimo propios del juego.

La verdad es que sólo nos interesamos por aquello que nos place o nos afecta. Sólo es importante para nosotros aquello que nos concierne. ¿Por qué tendría que ser de otro modo? La honda e inteligente intuición leopardiana da en el blanco: "El hombre que no se interesa por sí mismo no es capaz de interesarse por nada, porque no hay nada que pueda interesar al hombre como no sea en relación con él mismo".

Por ello, también, la lectura no puede hacerse una obligación. Como el amor, no puede imponerse. La libertad de leer tiene que ir aparejada a la libertad de no leer. Si, como sostiene Ernesto Sabato, "sin libertad nada vale la pena", la lectura no puede ser impuesta ni siquiera con el argumento de nuestro presunto beneficio.

Leemos porque nos place, y si alguien es capaz de mostrar, sin coacciones, las puertas de ese placer a quienes lo ignoran, habrá que agradecerse, pero nadie puede obligarnos a leer ni siquiera bajo el principio, "lógico", de que esto será mejor para nosotros. La lectura se contagia con imaginación y buenas maneras, no con apremios ni groseras imposiciones.

Imponer algo a alguien es condenarlo a no desear, pues toda sumisión mata el deseo. Obligar, bajo la ley del beneficio, sólo puede producir personas sumisas, y la sumisión, como atinadamente afirma Marina, es la disminución de alternativas del sometido: "quien impone su voluntad por la fuerza cercena las posibilidades del otro".

La coacción nunca ha conseguido ciudadanos felices. Si la cultura principia en el juego, que es por definición la libertad, la libre voluntad, el entusiasmo, la lectura placentera no puede ser un acto obligado, ni siquiera bajo el razonamiento institucional del bien social. En todo caso, que las instituciones empleen la imaginación. ¿No es esto último acaso el fondo de una de las consignas fundamentales ("La imaginación al poder") de la revuelta estudiantil francesa de mayo del 68 cuyas motivaciones son la libertad y el rechazo de la imposición?

En un diálogo entre Jean-Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit, publicado en *Le Nouvel Observateur*, el 20 de mayo de 1968, Sartre sostiene que llevar la imaginación al poder es abrir las ideas a nuevas opciones, contra la esclerosis mental de los que sólo creen en una vía (la misma de siempre), y que, por costumbre, comodidad y conformismo, se niegan a explorar nuevos caminos. El filósofo francés ejemplificaba con lo siguiente: "Un profesor dirá: '¿Suprimir los exámenes? Jamás. Se puede perfeccionarlos, pero no suprimirlos'. ¿Por qué esto? Porque ha pasado por los exámenes durante la mitad de su vida".



Lo mismo ocurre con la lectura institucionalizada. Las instituciones públicas se saben poseedoras de la verdad y no creen que el ciudadano pueda, ni deba, ejercer su propia libertad sin ponerlas en entredicho. Pero la libertad institucional no existe. Sándor Márai es muy claro al respecto: “La libertad es un asunto privado. [...] El ser humano sólo puede alcanzar la libertad —de una u otra manera— a solas y gracias a su propia tenacidad. Y además por poco tiempo”.

Hoy ya casi nadie lee a John Stuart Mill, y quienes menos lo leen, o lo ignoran en absoluto, son precisamente los representantes del poder y las instituciones. Mill dijo:

Aunque pueda en muchos casos ocurrir que los individuos no hagan, en general, una determinada cosa mejor que los funcionarios del Gobierno, es, sin embargo, preferible que la hagan ellos como un medio para su educación mental, un modo de fortalecer sus facultades activas, ejercitando su juicio y dándoles un conocimiento familiar del asunto que así les queda encomendado.

Cuánto ganaríamos si examináramos y pusiéramos realmente a prueba supuestas verdades que nuestro anquilosamiento intelectual y nuestro fanatismo culturalista han preferido dejar intactas por defensa de intereses, carencia de esfuerzo y falta de imaginación. Antonio Machado lo dice espléndidamente en una cancioncilla inolvidable: “Se miente más de la cuenta/ por falta de fantasía:/ también la verdad se inventa”.

Por lo demás, la intolerancia se ha vuelto consustancial a las instituciones. Cuando los funcionarios se ufanan de la llamada “tolerancia cero” lo hacen desde la arrogancia administrativa y la ineptitud, incapaces de admitir su estruendoso fracaso en las políticas sociales y educativas, instalados como están en la certeza de que todo ha de resolverlo el código penal.

Marina explica: “El intolerante afirma que sólo hay una solución para cada problema, la que él posee; que esa solución no admite ninguna flexibilidad, y que está dispuesto a imponerla si puede”. Éste es el punto en el que estamos hoy cuando hablamos de educación y cultura, y cuando nos referimos muy específicamente a la promoción y el fomento de la lectura.

En la tarea del fomento y la promoción del libro tendríamos que desarrollar una ética y una poética de la lectura que, a mi juicio, son indispensables para lograr la tolerancia y el diálogo cultural.

El libro, todo libro, es solamente un pretexto. Lo importante es lo que suscita el libro en quienes lo leen. Lo fundamental en el ámbito de la lectura no son los libros (inanimados), sino los lectores, que los mantienen vivos. Esto que es tan obvio, resulta que no lo pueden comprender muchas personas cultas.

Un libro sin lectores es la negación del diálogo cultural. José Antonio Marina afirma, con maravillosa lucidez: “De los libros puede decirse lo mismo que de los barcos. Lo que se ve, lo que el lector lee, me parece a mí, que navego dentro, la obra muerta. Lo vivo son los campos de fuerzas que mantienen todo esto a flote”.

Es difícil decirlo mejor ☺